

*Diccionario práctico***Deterioro**

Éste es un término menos usado habitualmente en el vocabulario realista existencial, pero es la expresión con la que A. Rubio enmarca las historias correspondientes a las enfermedades ópticas. Ciertamente es que cuando nos referimos a personas sometidas a penosos procesos de enfermedad hablamos de su deterioro, de cómo van perdiendo capacidades o habilidades, de cómo su aspecto se desmejora, etc.

Hablar de deterioro en las enfermedades ópticas nos lleva a observar cómo en el ser se van disminuyendo las posibilidades por culpa de aquéllas. Si somos aquello que somos más lo que podemos llegar a ser, cuando no aceptamos lo que somos, quiénes y cómo somos, no podemos estar bien apoyados para desarrollar nuestras capacidades. Es un equilibrio inestable que no nos permite más que mantenernos en vilo. No sólo difícilmente llegamos a avanzar, sino que al permanecer quietos, nos vamos atrofiando.

A fuerza de creerse semidioses, de sentirse más que nadie, de vivir permanentemente insatisfechos, de distorsionar el sentido del placer y del gozo, el ser de estos enfermos se deteriora, víctima de una especie de células malignas que devoran sus cualidades reales. El sufrimiento óptico al que se someten es terrible puesto que, en el fondo, saben que el origen de su mal, de algún modo, se lo han consentido ellos mismos. Por eso mismo, el «diagnóstico precoz» es fundamental. Si sabemos de aquello que adolecemos, somos libres y responsables para frenar y paliar al máximo sus nocivas consecuencias. □

El tema Cuatro dolencias del ser (y 2)

Tras introducir el tema de la enfermedad óptica y describir los rasgos del orgullo, seguimos presentando algunas de estas enfermedades.

Vanidad

Como afirma Rubio, esta enfermedad es «más banal que la anterior» (o sea, el orgullo) y el tiempo —y con él, la muerte— la desenmascara. Aunque, de hecho, el vanidoso es un artista del disfraz, un profesional de la interpretación. Por eso necesita público a su alrededor que le aplauda. Nada es más terrible para el vanidoso que estar solo, que ayunar del reconocimiento de los demás. Porque en la soledad, sabe bien que no es quien aparenta; el vanidoso sólo lo es «por horas», tantas como sus espectadores se lo permitan. El resto del tiempo, vive triste o hasta amargado porque sabe que jamás llegará a ser lo que desea. De ahí que necesite el barullo de los vítores y las risas. Eso le distrae. No se da cuenta de que la venda con la que cree disimular sus defectos es invisible para los demás, que le ven exactamente en lo que es.

Lo peor es que esta enfermedad inutiliza para desarrollar las cualidades del ser humano que la padece. Tanto se agota en mantener la pantomima que no le quedan arcos para potenciar lo que sí posee y que va dejando atrofiarse.

Ambición

De las tres enfermedades reseñadas hasta ahora, ésta quizás sea la más agotadora, porque no concede ni un segundo de tregua, casi ni un momento de aparente felicidad. La única satisfacción es la momentánea del logro recién conseguido, empañada inmediatamente con un próximo objetivo a perseguir. Insaciable, no soporta las negativas ni, por supuesto, las limitaciones: con armas y estrategias, más o menos limpias, todo se puede alcanzar. En el fondo, la ambición persigue



cualquiera de las formas que el poder puede tomar: por la información, por los medios económicos, por la posición social, por la influencia política...

El ambicioso intenta justificar su actitud bajo dos pretextos socialmente aceptados: la disponibilidad a asumir nuevas responsabilidades y el ser esperanzado. No se da cuenta de que la diferencia con éste último es palpable. El esperanzado espera aquello que puede llegar a ser, mientras disfruta de lo que ya tiene; mientras que el ambicioso no disfruta de lo que tiene porque le sabe a poco y jamás llegará a tener lo que desea, porque se ha impuesto una meta inalcanzable. «¡Trágico este no poder reposar!».

Masoquismo

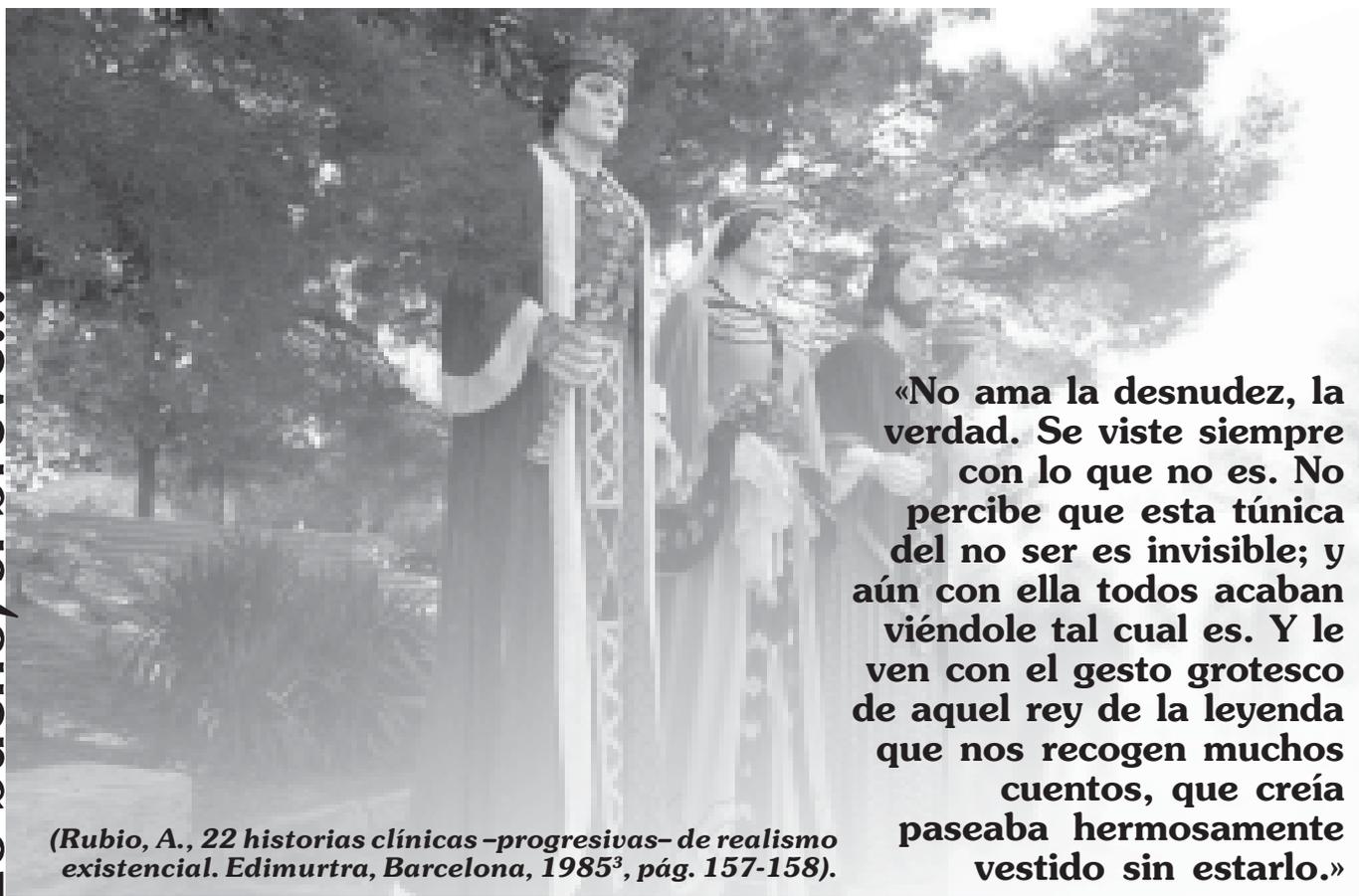
El orgullo es el mismo virus que produce esta otra enfermedad óptica que también tiene una

importante vertiente patológica. En tanto que enfermedad óptica, el masoquismo tiene su raíz en la misma descontentez por el ser contingente del ser humano. Su lógica le dice que puesto que no puede ser el ser absoluto, no tiene derecho a gozar, ya que éste es prerrogativa de aquél. Si se es limitado, se sufre; y el sufrimiento es el pago por cualquier tipo de gozo o placer que le es impropio, que les hace sentir culpables. Sin sufrimiento —físico, psicológico o moral— no hay gozo posible.

Así, desde la incapacidad de asumir el lícito gozo de vivir y el disfrute de una vida limitada, con paz y tranquilidad, se entiende que provoquen situaciones tortuosas para ellos y para sus seres queridos. Su visión de la vida, del mundo, de las personas, hasta de Dios, es desastrosa, casi una caricatura, pues eliminan la parte agradable de la vida para sólo incentivar sus sufrimientos. ¡Eso no es vida!, puede exclamarse con razón. □

PLIEGO · REALISMO EXISTENCIAL PARA TODOS
sección a cargo de **Natàlia PLA**
Licenciada en Filosofía
SALAMANCA

Lo bueno, si breve...



(Rubio, A., *22 historias clínicas –progresivas– de realismo existencial*. Edimurtra, Barcelona, 1985³, pág. 157-158).

«No ama la desnudez, la verdad. Se viste siempre con lo que no es. No percibe que esta túnica del no ser es invisible; y aún con ella todos acaban viéndole tal cual es. Y le ven con el gesto grotesco de aquel rey de la leyenda que nos recogen muchos cuentos, que creía paseaba hermosamente vestido sin estarlo.»